

Desde hace algunos meses se viene hablando mucho en España, y han sido objeto de frecuentes informaciones en la prensa, de las investigaciones que sobre la etiología y tratamiento del cáncer realiza el doctor don José Ignacio Blanco Cordero. El doctor Blanco Cordero nació hace treinta y ocho años en Medina de Rioseco, provincia de Valladolid, y trabaja actualmente en Zaragoza. Lleva, al parecer, doce años dedicado a la investigación oncológica y es descubridor de una «droga anticancerosa» que llama él «I. CE. BE. 119». Que este producto sea o no eficaz contra el cáncer, como afirma el doctor Blanco Cordero, así como algunos médicos que lo han aplicado clínicamente y los pacientes que dicen deberle su curación, es cosa en la que no entro ni salgo, por razones obvias, en este artículo. Lo ignoro todo en esta materia. Pero en algunas de las opiniones que se han emitido en las entrevistas de prensa a propósito del supuesto descubrimiento del doctor Blanco Cordero, encuentro tema suficiente para hacer algunas reflexiones que son independientes de la cuestión de la eficacia o ineficacia del «I. CE. BE. 119» en el tratamiento del cáncer, quiero decir, que parecerían igualmente válidas, tanto en el caso de que el doctor Blanco Cordero fuese el verdadero descubridor de un medicamento contra el cáncer como en el caso de que se demostrara que su descubrimiento es ineficaz contra esta enfermedad.

Hay que decir en primer lugar que las investigaciones de Blanco Cordero tienen, según todos los indicios, la suficiente seriedad como para merecer atención. Hace poco, el doctor don Emilio Alfaro, ginecólogo del Hospital de la Cruz Roja de Zaragoza, publicaba en la revista «Tribuna Médica» un trabajo sobre las experiencias llevadas a cabo con el «I. CE. BE. 119» en su Hospital con enfermos de cáncer considerados incurables. Decía el doctor Alfaro que el producto de Blanco Cordero suponía «el abordaje del cáncer no por métodos agresivos exógenos, sino mediante una tentativa de poner orden en la célula a través de los intercambios entre el medio interno de ésta y el medio externo, empleando productos biológicos no tóxicos», y afirmaba que «en los efectos inmediatos del «I. CE. BE. 119» he visto con claridad fenómenos positivos nunca observados con quimioterápicos alguno». En la experimentación con los enfermos se pudo observar, añadía el doctor Alfaro, la desaparición del prurito en enfermas con tumores específicos, detención de hemorragias en las pacientes ginecológicas, retracciones en el tamaño del tumor, reducciones de su volumen, disminuciones en el espesamiento de la piel, mejoría general en el estado de los enfermos y alivio del dolor en los tres o cuatro primeros días del tratamiento. En un reportaje publicado a principios de junio en el diario zaragozano «Aragón Expres», dos personas que afirman haber padecido cáncer diagnosticado por los médicos atribuyen su curación al «I. CE. BE. 119». Don Juan Díaz Aranda cuenta que estaba aquejado de un tumor maligno que no tenía curación posible según los médicos. Fue ingresado en el sanatorio Francisco Franco, pero antes de que le extirparan el tumor y le sometieran a la cobaltoterapia, fue trasladado a Zaragoza, donde el doctor Blanco Cordero le administró sesenta inyecciones de «I. CE. BE. 119» y, según sus declaraciones, se encuentra ahora totalmente restablecido, ha ganado peso y ganas de comer y ha podido levantarse de la cama. Añade que a las ocho inyecciones notaba ya la mejoría. Doña Amparo Bandres, por su parte, dice que le habían diagnosticado un linfosarcoma. En el Centro Oncológico de Zaragoza le sugirieron la conveniencia de la extirpación del bazo y la



LA «DROGA DEL CÁNCER»

cobaltoterapia. Dice la señora Bandres que tuvo miedo de someterse a la operación y que, después de algún tiempo, un médico amigo suyo le aconsejó que visitara al doctor Blanco Cordero. A mediados de agosto de 1972 comenzó el tratamiento con el «I. CE. BE. 119». Afirma la señora Bandres que después de las diez primeras inyecciones había mejorado mucho y que a principios de octubre estaba ya totalmente curada. El hematólogo del Centro Oncológico que hizo los análisis, según ella afirma, «cuando vio el resultado no se lo creía y me dijo que nunca había visto una cosa así». Afirma también la señora Bandres que el doctor Blanco Cordero «tiene enfermos curados desde hace siete años, enfermos que ya debían estar muertos. Y es el caso que algunos no lo saben, porque nunca llegaron a saber que tenían cáncer».

Es evidente que la importancia real del descubrimiento no puede juzgarse por estos casos ni por muchos otros que se oyen contar en estos días de personas que dicen haber sido curadas por la droga del doctor Blanco. Pero, aun cuando estos casos no demuestren nada, parece lógico pensar que la certeza de si el medicamento es o no eficaz contra el cáncer solamente podrá obtenerse de la experimentación en enfermos aquejados de cáncer. Y hay que decir que todo el mundo parece estar de acuerdo en reconocer que la droga no es tóxica y es totalmente inocua. Pues bien, y a esto iba, se da el caso de que han sido precisamente los centros oncológicos, dedicados exclusivamente a la investigación y tratamiento del cáncer, los que se han mostrado más reacios a utilizar la droga. El Centro de Zaragoza se ha negado de forma total a emplearla y el director del Hospital Oncológico Marquesa de Villaverde, de Madrid, doctor Pérez Modrego, hizo no hace mucho unas declaraciones en las que decía, al preguntarle el periodista si el doctor Blanco había trabajado en su centro, que «efectivamente, aquí se hicieron algunas experimentaciones con su fármaco y se pusieron a su disposición los medios necesarios, pero los trabajos no dieron un resultado positivo, aunque en algún caso aislado se percibiera cierta mejoría. Pero como la experimentación fue muy corta, ignoro cómo han podido evolucionar los trabajos del doctor Blanco y no puedo pronunciarme de manera rotunda». La realidad es que, según se sabe, el doctor Blanco trabajó durante dos años en el Centro Oncológico madrileño y durante todo ese tiempo sólo se le permitió tratar a tres pacientes totalmente desahuciados, a pesar de lo cual, se percibió en ellos «cierta mejoría». El hecho de que «la experimentación fuera muy corta» no se debe, por tanto, a otra cosa que al criterio del Centro de no permitir al doctor Blanco aplicar la droga a

los enfermos. El doctor Pérez Modrego hacía otra frase ilustrativa del planteamiento de la cuestión en el Centro Oncológico: Decía: «El genio o el equipo investigador que descubra el remedio del cáncer surgirá de una mente genial o posiblemente haya surgido ya de las múltiples teorías que se leen y que están más o menos vigentes en los estudios experimentales del cáncer». Mientras se esperaba la llegada de una «mente genial» se desechaba la aportación de un modesto médico e investigador que, equivocado o no, parecía tener méritos suficientes para que se le prestara atención. La segunda parte de la frase del doctor Pérez Modrego era lisa y llanamente celtibérica: «Este genio puede ser cualquiera, podría ser incluso un español...», frase que podría haber hecho, como suele decirse, levantar de sus tumbas a Miguel Servet, don Santiago Ramón y Cajal, el doctor Ferrán y otros muchos ilustres investigadores y científicos españoles.

Pero sigamos con los hechos, y es que a mediados del mes de junio la Subdirección General de Sanidad prohibía que nuevos enfermos fueran sometidos al tratamiento de la droga «I. CE. BE. 119». La disposición se basaba en el argumento de que las experiencias preliminares llevadas a cabo en varios sanatorios de Zaragoza con cerca de doscientos enfermos (en realidad han sido sólo cien) eran suficientes para una evaluación de los resultados. Es decir, que las experiencias en los enfermos que estaban en tratamiento podrán continuar, dice la orden, durante cuarenta días, pero no se permite hacer nuevas experiencias.

Muy pocos días antes, sin embargo, se había celebrado una reunión en Zaragoza en la que participaron varios oncólogos, y en la que, a pesar de ciertos puntos de vista contrarios a la experimentación del fármaco del doctor Blanco (uno de los pacientes que se dicen curados, el señor Aranda, decía ya a «Aragón Expres» que «el doctor Blanco está encontrando un montón de inconvenientes. Parece ser que a los señores cirujanos que operan casos de cáncer no les interesa la experiencia»), a pesar, digo, de alguna oposición en esta reunión de Zaragoza se aprobó la continuación de las experiencias con el «I. CE. BE. 119».

¿Cuál fue el motivo de que la Subdirección General de Sanidad dictara a los pocos días la orden de prohibición? Pocos días después de la orden de prohibición, el periodista Julio Camarero, que ha venido siguiendo atentamente el caso desde el principio, entrevistó en el diario «Pueblo» al subdirector general de Farmacia, don Juan Manuel Reol. El señor Reol dice muchas cosas de interés en la entrevista, pero hay en sus contestaciones una frase significativa. Al preguntarle el periodista si no le parece demasiado corto el plazo de cuarenta días fijado por la orden para la continuación de las experiencias en los enfermos que estaban sometidos a tratamiento, el subdirector general de Farmacia dice que «como usted comprenderá, nosotros, en principio, consideramos ridículo el fijar un tope de cuarenta días para algo que tiene tantas variedades como una investigación sobre terapéutica cancerológica. En cambio, puede ocurrir que si sean suficientes esos cuarenta días para determinar la suspensión definitiva». No me tengo por buen hermeneuta, pero yo entiendo que la Subdirección General, a sabiendas de que es «ridículo» fijar ese plazo, lo fija porque lo cree suficiente para poder determinar la suspensión definitiva de las experiencias. Ahora bien, hay demasiada gente interesada, y de forma demasiado urgente y vital en conocer los resultados de este fármaco como para que suenen convincentes estas razones. ■ LUIS CARRANDELL.